

MANUEL LOZANO LEYVA

LA REBELIÓN
DE LA
VULCANO

algaida



Primera edición: 2015

© Manuel Lozano Leyva, 2015
© Algaida Editores, 2015
Avda. San Francisco Javier, 22
41018 Sevilla
Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54
e-mail: algaida@algaida.es
ISBN: 978-84-9067-299-0
Depósito legal: SE. 870-2015
Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

PRIMERA PARTE. EL CIR 14, VERANO DE 1975

1. Reencuentro en 2015	13
2. La explanada de la Transmediterránea	26
3. Sol y Mar	51
4. El tercer reemplazo	93
5. La 2. ^a compañía	114

SEGUNDA PARTE. LA *VULCANO*

6. El proyecto periodístico.	163
7. Los marinos	173
8. La idea	214
9. El plan	266

TERCERA PARTE. EL GOLPE

10. Conspiradores	313
11. Albatros	360
12. Septiembre	385

CUARTA PARTE. LA ÚLTIMA CENA

13. Sorpresas	407
14. El último cubata.	424

La libertad se suele basar en la valentía, y
ésta es perfecta cuando se pone en juego
sin ansiar testigos.

Dedico esta novela a María Añino Cañal, Marilú, y a
los valientes que, de una forma u
otra, lucharon por la democracia en España
y Google jamás detectará.

Primera parte:

EL CIR 14, VERANO DE 1975

REENCUENTRO EN 2015

LA CAFETERÍA SPINOZA QUEDABA A TRASMANO DE TODO, porque no había parada de taxis cercana ni de autobús ni de metro, pero concurrencia no le faltaba. Las dos avenidas que desembocaban en el chaflán de la glorieta ocupado por la Spinoza eran de paseo agradable.

El decorado del café, que era reciente, recordaba convincentemente el estilo de principios del siglo xx. La gama de marrones de las maderas de las mesas, la barra y el artesonado del techo le daban un aspecto muy acogedor. Las lámparas de mil lágrimas iluminaban lo justo. Los cuadros eran todos de tonos quebrados. A esa hora de la tarde, algo más de las cinco, casi todas las mesas, unas veinte, estaban ocupadas.

En una mesa situada en un rincón separada del resto por media mampara lacada, se entreveía a dos hombres, uno corpulento y otro espigado. Ambos tenían el pelo blanco, aunque el más grueso ya solo se peinaba la nuca. La mesa era grande y rodeada de sillas, por lo que era obvio que esperaban a más contertulios. El alto y delgado se llamaba Alonso Carrión y el alto y gordo Oriol Rosell. Este vestía un traje gris oscuro de buena calidad con camisa beige de doble puño y corbata rojiza

de seda. Alonso Carrión vestía más informal con camisa blanca de cuello generoso, jersey verdoso de pico y cazadora de ante. Llevaban un rato charlando y en una pausa se miraron complacidos y extrañados.

—¡Y finalmente voy a poder reuniros a los seis! —exclamó Rosell.

—¿Los seis? ¿Qué seis?

—Siete conmigo. Lo siete de la *Vulcano*.

—¿La *Vulcano*?

De repente, el hombre delgado de abundante pelo blanco puso expresión de sorpresa y exclamó:

— ¡La *Vulcano*! Yo creía que...

—Sí, Alonso, os he reunido con la excusa de recordar el verano del 75, pero a quienes os he citado es a los de la *Vulcano*. Con el trabajo que me ha costado que aceptéis venir a Madrid y ponerlos de acuerdo en lugar, día y hora, si os llego a decir que solo seríais los de la *Vulcano*, seguramente no habríais venido ninguno. ¿Es cierto por tu parte?

—Pues, no sé; creo que llevas razón, porque celebrar un cuarenta aniversario acojona. Aunque, quitando eso... ¿por qué no?

Alonso Carrión se concentró en su café y lo removió con la cucharilla a pesar de no haberle puesto azúcar ni leche. Oriol Rosell, a través de sus grandes gafas de montura negra, lo miraba con afecto y media sonrisa.

Carrión, como todos los demás que irían llegando, debía de tener sesenta y cuatro años, solo dos o tres menos que Rosell, pero externamente se conservaba mucho mejor, quizá gracias a la abundancia de pelo y la escasez de grasa corporal. Tenía los ojos pequeños, la nariz afilada y los labios bien perfilados que al entreabrirlos dejaban ver una dentadura regular y amarilla de tenue tono marfileño. Rosell lo reconoció nada más verlo entrar

en la Spinoza, mientras que a Alonso le costó trabajo identificar a Rosell con el muchacho tan esbelto como él que había sido.

Cuando Alonso Carrión levantó la cara, su mirada era seria y casi le espetó a su amigo:

—¿Qué pretendes, Oriol? ¿Por qué nos has citado realmente? ¿Y por qué aquí?

Rosell puso semblante serio.

—Empiezo por el final, Alonso —el acento catalán de Oriol, nada agrio ni fuerte, seguía siendo el mismo que cuarenta años atrás—. Os he citado aquí, en Madrid, porque es el lugar más accesible para todos. Y en este café, porque justo aquí arriba vive Carlos Sánchez, ¿te acuerdas de él?

—Claro.

—Un ictus lo dejó medio paralizado hace unos meses y es el que menos movilidad tiene. Pronto bajará. Os he citado a instancias de una periodista y lo que pretendo es lo que os dije: recordar, antes de que vayamos desapareciendo, una de las cosas más generosas que creo que hemos hecho en nuestra vida.

Alonso se quedó mirando fijamente a Oriol y replicó:

—No sé qué les has dicho a los demás, porque tus mensajes siempre fueron personales, no a grupo, pero a mí no es exactamente eso lo que me dijiste para citarme. Por ejemplo, no dijiste una palabra de periodista alguna.

—A todos os lo he ocultado por lo mismo, porque en ese caso no habríais aceptado venir.

Alonso seguía molesto y lo mostraba en su expresión, pero permaneció callado un rato hasta que dijo:

—Por lo que recuerdo de ti, nunca fuiste un liante, has debido de cambiar mucho con tus tejemanajes legales.

Oriol Rosell era un abogado muy conocido porque se había especializado en casos de corrupción de políticos con

cargos importantes. Hacía años que era asiduo de los telediaros y su empaque y acento lo hacían aún más reconocible. Su simpatía franca era lo que más llamaba la atención, porque terminaba haciendo dudar incluso a los espectadores que más animadversión sentían por los corruptos que defendía. Era una rara habilidad, porque los casos que llevaba en la Comunidad Valenciana, Cataluña, Baleares y Madrid, sobre todo, eran los que más rechazo popular provocaban. Cuando hablaba de sus defendidos ante los micrófonos y las cámaras, nunca mostraba arrogancia, ni siquiera una clara convicción de inocencia de sus representados, y mucho menos utilizaba las frases de uso común en esos casos. El abogado Rosell planteaba la supuesta endeblez de las acusaciones hacia su cliente comedidamente y sin mirar jamás a la cámara, sino francamente al periodista que le inquiriera por muy afilada o cruda que fuera su pregunta.

—Alonso —Oriol se había puesto tan serio como su amigo—, te he citado media hora antes que a los demás porque quiero que me ayudes. Si después de hacerte mi propuesta no la aceptas, no pasa absolutamente nada: seremos siete amigos que se reúnen para hablar de la mili cuarenta años después y ya está. Lo pasaremos bien. Y, por supuesto, llamaré a la periodista y cancelaré la entrevista.

—¿Qué entrevista?

—La que nos hará dentro de un par de horas si aceptas primero tú y luego los demás.

—¿Por qué en ese orden?

—Porque tú fuiste el líder del grupo y al que se le ocurrió la idea de la *Vulcano*.

—El líder —dijo Alonso con sorna.

—Sí, tu criterio era el que prevalecía siempre entre nosotros.

Alonso suspiró y se llevó la taza de café a la boca. Estaba frío y apenas lo probó.

—Está bien. Cuenta.

Alonso Carrión había estudiado matemáticas en la Universidad Complutense de Madrid. Era de un pueblo extremeño de familia de agricultores ni acomodados ni pobres. Sus notas no fueron brillantes, pero sí buenas: dos o tres sobresalientes, bastantes notables y ningún suspenso. Su fugaz militancia política en un grupúsculo trotskista no fue lo que le impidió iniciar la carrera académica en la universidad como le hubiera gustado y algún profesor le propuso, sino la muerte de su padre. Poner orden en la magra herencia formada por tierras dispersas poco extensas y de cultivos variados, atender a su madre presa de la depresión y posterior enfermedad mortal, y el cuidado de un hermano con síndrome de Down, le hicieron perder los años cruciales del doctorado. Cuando tuvo ordenados el resto de su familia y el escuálido patrimonio, hizo las oposiciones a profesor de instituto y las sacó tan holgadamente que pudo elegir destino: Plasencia, la ciudad más importante cercana a su pueblo. Ya estaba en reducción de jornada tal que podía considerarse jubilado. Hacía unos años que se dedicaba a especular en la bolsa, cosa que empezó haciendo más como entretenimiento matemático que por ambición, aunque por primera vez en su vida terminó apasionándole ganar dinero.

—Te cuento. Después del juicio sonado de un ex ministro, un montón de periodistas solicitaron entrevistarme. Yo, por razones profesionales, los atiendo a todos. No sonrías: llevas razón, también forma parte de mi estilo...

—De tu negocio. Sigue.

—Hablamos después del tuyo —dijo Rosell sin cortarse ni perder el hilo ni la afabilidad—. Cuando le tocó el turno a Rosario Archilla, Charo, de la agencia EFE, me dejó patidifu-

so. Yo ya tenía el guion sobre la absolución de mi representado muy repetido, pero cuando iba a empezar a largárselo, me preguntó de sopetón por la *Vulcano* y mi papel en la insurrección. Ante la cara de gilipollas que le debí de poner, se explicó: participaba en la elaboración de un reportaje sobre aspectos inéditos de la Transición y había dado, por pura casualidad, con el asunto de la *Vulcano*. Y conmigo, contigo y algunos más. —Alonso tenía la mirada clavada en Rosell—. Yo le dije que una mierda, que eso de la casualidad no me lo creía. Si no me decía quién y por qué la había puesto en la pista de algo tan absurdo y desconocido, en ese mismo momento se acababa la entrevista. Ella me dijo que muy bien, que se acababa cuando yo lo dijera, pero que iba a escribir sobre la historia de la *Vulcano* y que mejor sería que le hablaran de ello sus protagonistas. Como te puedes imaginar, la eché de buenas maneras y ahí se acabó el asunto. Pero...

—Insistió.

—Insistió por teléfono nombrándome al capitán Valdivieso, al capitán Vargas...

—Es decir, a la UMD y al SIM.

—Sí señor: la Unión Militar Democrática y el Servicio de Inteligencia Militar. ¡Qué buena memoria!

—Tampoco es mala la tuya, pero no era de Inteligencia sino de Información. Eran tan tontos que incluso ellos mismos considerarían una extravagancia llamarlo así. Sigue.

—Resulta que además, me nombró nada menos que el Estado Mayor de la Defensa, y me pareció que no iba de farol.

—Y tú de eso entiendes.

—Más de lo que te imaginas. Finalmente le concedí otra entrevista y resultó que la jodida Charo sabe sobre la *Vulcano* casi más que yo.

—¿Y cómo lo ha averiguado?

—Ni idea, porque estoy seguro que no ha sido por ninguno de nosotros. Y por los capitanes, como mucho, le habrían llegado cosas dispersas u oficiales. El caso es que me dio detalles pasmosos que tuve que hacer esfuerzos por recordar pero que al final resultaron absolutamente verídicos.

—¿Cómo cuáles?

—Un montón. Por ejemplo, que no teníamos manera de conseguir munición. O lo de las latas de fuagrás.

—¿Qué dices?

—Como suena.

Alonso Carrión se levantó y se quitó la cazadora. Oriol Rosell le envidió su vientre plano. Se sentó de nuevo y preguntó:

—¿Nos has reunido para que le contemos a la periodista toda la historia?

—Sí.

—Estás loco.

—¿Por qué?

—Porque aquello fue una estupidez producto del alcohol.

—Llevas razón, pero poca. Aquello, según lo he visto yo siempre, fue poco más que un desvarío de juventud sembrado, regado y crecido a base de cubatas. Ahora la periodista sostiene que fue el intento más serio de acabar de golpe y porrazo con el franquismo y la puta que lo parió.

La expresión de Alonso Carrión era de una extrañeza rayando en la desconfianza.

—De lo heroico a lo ridículo no hay más que un paso —le espetó a Oriol.

Tras unos instantes en silencio mirando a Rosell, que le mantuvo la mirada, Alonso le preguntó en tono poco amable:

—¿Sabes si alguno de los demás han mantenido el contacto?

—Sí, lo sé: nadie se ha encontrado nunca con ningún otro. Bueno, solo Manolo Ortega e Iñaki parece que se encontraron una vez por cosa de la ingeniería hace un montón de años, pero aquello quedó en saludarse y poco más.

Alonso se pasó suavemente la palma de una mano por la frente con la mirada baja. La levantó de nuevo y le dijo a Oriol:

—Supongo que has considerado que ninguna persona es la misma que cuarenta años atrás. Tú podrías haber sido vecino mío, vernos todos los días y no te habría reconocido.

—Yo a ti, sí.

—Es posible, pero es que por dentro seguro que hemos cambiado tanto o más que por fuera.

—Claro.

—Incluso no sé si reconocería al que yo mismo fui en 1975. Por otra parte, lo de la *Vulcano*... —Alonso cortó la frase y se quedó otra vez pensativo unos instantes tras los cuales cambió de actitud y preguntó distraídamente—. ¿Y a los marinos? ¿No los has citado?

Rosell agradeció con la mirada que Alonso hubiera relajado la tensión con que había iniciado su rechazo a aquella reunión. El catalán sonrió un tanto amargamente y respondió:

—Localizar a los cuatro suboficiales de la fragata *Vulcano* es lo que más me ha costado. Todos, sin excepción, pasaron a la reserva en la primera reestructuración de la Armada, que fue poco después de aquello. Les quedó una bonita paga de por vida antes de cumplir los cuarenta. Dos de ellos han muerto y de los otros dos solo he localizado al valenciano, ¿te acuerdas? —Alonso asintió con la cabeza—. Pues el valenciano regenta un puticlub de carretera desde hace un montón de años. No me apeteció citarlo.

—Has hecho bien. Seguro que explota mujeres inmigrantes o vete a saber.

—Eso, vete a saber, porque yo no lo sé; y tú, menos.

Alonso aceptó la reprimenda implícita del abogado. Se inclinó hacia la mesa y envolvió la taza fría con las dos manos. Se quedó mirando el café ensimismado y muy serio. Pero su rostro fue sufriendo una metamorfosis: los músculos de la frente se fueron relajando, la mirada cambió de destellos acompañando al tránsito el movimiento de los párpados, en particular del inferior, y de los labios, que fueron abriéndose poco a poco. Finalmente, rio suavemente hasta terminar sonriendo con la mirada melancólica y perdida en algún punto distante de la cafetería.

—¡Mira esos dos que vienen para acá! ¿No son...?

—Uno es sin duda Iñaki, pero el otro...

—¡Y allí entra Carlos! —Una mujer pequeña, posiblemente ecuatoriana, empujaba una silla de ruedas en la que iba un hombre fuerte de entradas generosas y mirada tan brillante que rebosaba alegría—. No parece tan hecho polvo.

Los abrazos, las bromas y las exclamaciones que se desataron en aquel rincón de la cafetería hicieron volver la cabeza a muchos parroquianos mostrando más sonrisas que fastidio. Poco a poco, la mesa, aparte del profesor de matemáticas extremeño Alonso Carrión y del abogado catalán Oriol Rosell, se fue ocupando al completo.

A la izquierda de Alonso se sentó Manuel Ortega Moliní, ingeniero naval de Cádiz en situación profesional, como él la formulaba, de afectado por el daño colateral de un ERE. Se mantenía en buena forma, quizá con algunos kilos de más, de estatura media y el pelo tupido y corto en cabeza y bigote. Todos apreciaban el tono fluido del suave y culto andaluz en que hablaba. Todos, también, lo reconocieron a primera vista.

Junto al gaditano se colocó Daniel Santos Corbacho, economista de Ciudad Real, jubilado del Banco Popular. Irrecono-

cible para los demás a causa, como Oriol, de la calvicie, el sobrepeso, más excesivo en este caso, y, sobre todo, de unas gafas de óptica mucho más compleja que las del catalán. Tenía la risa fácil que adornaba con dientes prominentes y separados.

A la derecha de Rosell se sentó Carlos Sánchez Centeno, físico de Madrid. Llevaba diez años prejubilado de Telefónica. Antes de darle el infarto cerebral, dividía su tiempo en escribir poemas y pintar al óleo. Después escribía más que pintaba porque tenía paralizados el brazo y la pierna izquierdos. El ictus no le había afectado al rostro. Haber sido jugador de hockey que llegó a ser seleccionado para el equipo nacional, siendo el único no catalán, era causa de que su postración contrastara con la impresión de robustez que provocaba. Había participado en los Juegos Olímpicos de Montreal en 1976 quedando su equipo en sexto lugar. El único partido que jugó Sánchez lo perdió España frente a Alemania por 9 a 1.

Frente a Alonso estaba Iñaki Aurrecochea González de Artaza, ingeniero industrial de Zumárraga, Guipúzcoa, propietario de una fábrica de herramientas ligeras heredada de su familia. Alto, cuencas oculares hundidas, nariz portentosa, ceño permanentemente fruncido con cejas espesas formando ángulos bastante agudos fue al que mejor reconocieron los demás, porque en cuarenta años solo le habían aumentado las arrugas faciales; el resto de él parecía haber permanecido inalterable. No tenía ni canas, aunque alguno sospechó que tal extremo tenía apaño.

Junto a Carlos se situó Santiago Calleja Martínez, médico de Zaragoza. Aunque le habían ofrecido infinidad de veces cambiar a servicios más tranquilos, continuaba en el 061 Aragón. Prácticamente toda su vida profesional la había pasado en urgencias. Estatura mediana, taciturno, constitución ex atlética y moreno aunque con infinidad de vetas canosas.

Durante media hora o más, los siete hombres estuvieron charlando y riendo mientras tomaban café, agua, refrescos e infusiones. Las conversaciones se cruzaban continuamente y la ligera algarabía apenas se encauzó en ningún momento. Oriol y Alonso, sin dejar de atender a quien se dirigía a ellos en cualquier momento, eran los que más observaban a los demás. Ambos detectaron cierta desconfianza, o al menos desconcierto, amortiguados por la amabilidad y el ingenio. Cuarenta años, efectivamente, los habían transformado profundamente y, aunque recordaban muchas cosas, continuamente daban muestras de olvido. Pero Oriol y Alonso no era a eso a lo que estaban atentos, sino a comprobar si realmente les congratulaba el reencuentro. Debería de ser así, porque al fin y al cabo allí estaban; sin embargo, a Oriol y a Alonso, y seguramente a todos los demás, se les hacía patente cierta frialdad en las interrelaciones.

Oriol Rosell se levantó y llamó la atención golpeando un vaso con una cucharilla. Todos lo miraron complacidos.

—Atended, amigos, os agradezco de verdad que hayáis venido a Madrid, aunque con el AVE por todas partes y la tarjeta oro que seguro que tenéis todos, tampoco ha sido un gran sacrificio. —Las sonrisas de algunos se ensancharon—. El hotel que os he reservado, si aún no os habéis registrado, seguro que os gustará. Y la cena también será magnífica. Como he sido yo el que ha dado la tremenda coña para reuniros, esta consumición y todos los extras que hagamos, incluidos los gastos de minibar y de películas porno del hotel, corren de mi cuenta. Como ya os habéis contado cuántas pastillas os tomáis a diario cada uno, aparte de las de la tensión y el colesterol, tendremos tiempo para charlar de todo. Sin embargo, antes quiero aclarar algo que espero que disculpéis que no haya hecho antes. No es casualidad ni debido a las circunstancias que solo estemos aquí

siete de los quince alféreces que hicimos las prácticas de milicias en el Centro de Instrucción de Reclutas de Palma de Mallorca, el CIR 14, el verano de 1975. No he citado más que a los que participamos en el asunto de la *Vulcano*. —Los gestos, de repente, se tornaron serios—. Hace unos meses, una periodista me dejó turulato al preguntarme por mi participación en la rebelión de la *Vulcano*. Me negué a contarle nada porque aquello... en fin, ya sabéis. Además, llamarlo rebelión... —Oriol se mostraba indeciso ante la mirada hosca de sus compañeros—. El caso es que me dejó aún más sorprendido cuando me dio algunos datos y detalles de los que parecía estar más enterada que yo. —El silencio en torno a la mesa era tal que parecía absorber el del entorno de la cafetería—. En resumen, os he citado, en parte, para que ella hable con todos nosotros. —Algunos se removieron en el asiento y otros hicieron distintos ruidos en la mesa con las manos—. Si no queréis, tengo su número de móvil y su palabra de que si la llamo y anulo la cita que le he hecho para las ocho aquí mismo, no se lo tomará a mal ni insistirá. En ese caso, me perdonáis el enredo y nos dedicamos a pasárnoslo bien.

Oriol se sentó uniéndose al mutismo que reinaba en la mesa. Lo rompió Manolo Ortega preguntándole a Oriol:

—¿Y Calixto?

Todos miraron a Oriol expectantes.

—Calixto Diosdado murió en 1989, o sea, hace veintiséis años. De cirrosis. No llegó a cumplir los cuarenta.

Manuel Ortega, tras digerir la noticia en silencio como los demás, se animó llamando ostentosamente al camarero. Cuando llegó, le dijo:

—Haga usted el favor de llevarse todo esto de aquí y servirnos siete cubatas de Bacardí bien cargados —Se dirigió después a los demás—. Y vosotros, a mamar, que si pensáis que os

va a sentar mal, para eso está aquí Santiago, para recomponer al que le dé un arrechucho.

La salida del ingeniero gaditano no provocó las sonrisas que esperaba, pero distendió los ánimos, las posturas se acomodaron y las miradas se fueron perdiendo en distintas direcciones.